

Europa, ¿dónde estás? Meditando la crisis de identidad del viejo continente con Joseph Ratzinger

Europe, Where Are You? Meditating on the Identity
Crisis of the Old Continent with Joseph Ratzinger

Benito Enrique García Guerrero

Instituto Bíblico y Oriental

León, España

benitoenrique13@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0007-1766-7038>

Resumen: Este trabajo quiere responder a la demanda de quienes buscan una introducción breve pero significativa a las reflexiones de Joseph Ratzinger sobre la identidad histórica de Europa. Se trata de un estudio que, desde la perspectiva del teólogo alemán, realiza un somero itinerario por la historia político-espiritual de Europa, subrayando la cesura que constituyó el siglo XX, y que finaliza con algunas propuestas para construir una Europa con futuro. Entre éstas no conviene olvidar la luz que proviene de los extraños destellos de revelación, sugiriendo un futuro ensayo de teología de la historia.

Palabras clave: religión, historia, filosofía, teología, Europa, identidad.

Abstract: This work wants to respond to the demand of those who are looking for a succinct but significant introduction to the reflections of Joseph Ratzinger on the historical identity of Europe. It is a study that, from the perspective of the German theologian, makes a brief itinerary through the political-spiritual history of Europe, underlining the caesura that constituted the 20th century, and ending with some proposals to build a Europe with a future. Among these, it is not convenient to forget the light that comes from the strange flashes of revelation, suggesting a future essay in theology of history.

Keywords: religion, history, philosophy, theology, Europe, identity.

Es probable que corrientes filosóficas hoy en boga, como el existencialismo, el estructuralismo, la deconstrucción, el pensamiento débil, la denominada cultura “woke”, etc., ya constituyeran señales que indicaban una decadencia anunciada. Pero muy pocos advirtieron que, más allá de modas pasajeras, estos síntomas quizá estaban manifestando cambios profundos, mutaciones de hondo calado, que vaticinaban una auténtica crisis de la civilización europea y occidental.

Joseph Aloisius Ratzinger ha sido uno de los hombres reflexivos de nuestro tiempo que, con mayor agudeza, ha captado, en estos y otros signos, que a lo largo de este trabajo esbozaremos, una crisis que parece amenazar con la destrucción de la identidad histórica y espiritual de Europa y de la cultura occidental. Incluso hay quien se atreve a defender que Ratzinger no sólo fue uno de los mejores lectores de nuestra época, él fue “el mejor diagnosticador” de la crisis de civilización que atraviesa Occidente.¹

Sin ánimo de ser exhaustivos, nuestro propósito principal en estas páginas es sintetizar, desde la mirada amplia y crítica que caracterizó el agudo ingenio del teólogo alemán Joseph Ratzinger, algunas de sus reflexiones filosóficas y teológicas sobre aspectos esenciales de esta situación de crisis de identidad que vive Europa.

Ahora bien, hemos intentado que no se trate únicamente de una mera recogida ordenada y aséptica de información. Hemos buscado ofrecer una síntesis de su mirada sobre Europa, pero también pensar y reflexionar con él, sobre algunos puntos concretos de nuestro pasado y de nuestro presente político y cultural, con el objetivo de clarificar y obtener criterios orientadores para la construcción de una nueva propuesta de futuro para Europa. De algún modo se podría decir que hemos intentado cruzar la mirada con el gran Benedicto XVI y las intuiciones proféticas que deja en la sociedad del siglo XX y XXI, con la intención de abrir perspectivas para seguir investigando y aportando claves de reflexión para futuras disertaciones.

¹ Jaime MAYOR OREJA, “Presentación” a Joseph RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, Madrid, Encuentro, 2023, 11.

Ratzinger era muy consciente de que, en este debate sobre la definición de Europa y de su nueva forma política, “no se libra una batalla nostálgica en la «retaguardia» de la historia, sino que está en juego una enorme responsabilidad con respecto a la humanidad de hoy”.² Las nuevas generaciones, privadas de una cultura que, en gran medida, ya no comprenden, indigentes, desamparados, desequilibrados, pueden convertirse en una sociedad de “huérfanos voluntarios” (Contreras) o “desheredados” (Bellamy), que no tengan más remedio que retroceder al último reducto expresivo que resta a aquellos que ya no tienen palabras para hablar: la violencia.³

Estas y otras razones urgen a los europeos a simultanear una atención expresa a nuestra época y a nuestras raíces espirituales, siendo conscientes de que éstas no podrán recuperar todo su vigor, si nosotros mismos no somos arraigados en la verdad originaria de nuestro ser occidental. Y es que, como señala el teólogo de Baviera, “un árbol sin raíces terminará secándose”.⁴

1. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EUROPA

1.1. Un mapa de la historia político-religiosa de Europa

Aunque inicialmente refiera un espacio físico colindante del Mediterráneo, para Ratzinger “Europa” es un término que evoca más una entidad cultural e histórica que un concepto geográfico. Quizá haya que remontar al historiador antiguo Heródoto (484-425 a. C.), contemporáneo de Sócrates, una de las primeras referencias a Europa como las tierras colindantes con el Mediterráneo, donde se articuló un mestizaje cultural, político y comercial, entre los estados helenísticos y el imperio romano.

La herencia griega es indiscutible. El sentimiento trágico de la vida, subrayado por Unamuno, y la tensión entre la pulsión dionisiaca y el espíritu apolíneo, que enfatizó Nietzsche, están en la sangre de la cultura occidental. No se debe olvidar el logro capital de la democracia, como sistema de gobierno, y

² RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, Madrid, Cristiandad, 2005, 29.

³ Cf. François-Xavier BELLAMY, *Los desheredados*, Madrid, Encuentro, 2018, 21.

⁴ RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, 41.

el precursor debate sofista en torno a los fundamentos sagrados de la ley y la justicia, sin el cual resulta ininteligible la vida y muerte de Sócrates, relatada por Platón, en lo que fue una primera ilustración europea allá por el siglo V a. C.

Ensayando cierta teología de la historia, se puede argüir que unos 430 años más tarde de la condena a muerte del ilustre filósofo ateniense, “el mejor y más sabio y justo de los hombres”,⁵ otra sentencia a muerte cambió el rumbo de la historia de Europa. La entrega del ser, en su sangre y su palabra, realizada por el judío Jesús de Nazaret, a quien designaron con títulos como “Cristo” e “Hijo de Dios”, llenó de nueva intriga el tiempo histórico, al tiempo que esparció un signo de contradicción entre dos tierras. Dos horizontes donde acabarían germinando dos raíces decisivas de la identidad europea: la raíz oriental-griega y la raíz occidental-latina.

En el mundo occidental, a partir de los concilios del siglo IV, y ante los movimientos heréticos que amenazaban con disolver la unidad de la Iglesia, los grandes intelectuales eclesiásticos lograron articular y sistematizar, en un gran Símbolo, la fe cristiana. Pasando a un segundo plano la apelación, la pregunta, el silencio y la memoria escatológica del Dios judío, el sistema simbólico teológico-dogmático católico se fraguó con categorías tomadas de la tradición y del lenguaje filosófico helenístico.

Aunque el movimiento cristiano no olvidó nunca el trasfondo veterotestamentario de su fe,⁶ algunos intelectuales de

⁵ PLATÓN, *Fedón*, Madrid, Alianza, 2012, 143.

⁶ En el famoso discurso de 1986 en la sinagoga de Roma, Juan Pablo II utilizó la sorprendente expresión “hermanos mayores” para referirse al pueblo judío (*Encuentro con la comunidad judía en la Sinagoga de Roma* § 4: <https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1986/april/documents/hf_jp-ii_spe_19860413_sinagoga-roma.html>). Más sorprendente si cabe al constatar que, durante los siglos que precedieron al Concilio Vaticano II, se utilizaba litúrgicamente la designación “pérfidos judíos”. Por su parte, Ratzinger defendió que el pacto entre Dios e Israel, codeterminado por el drama del error humano, es indestructible. Este viaje de Dios con su pueblo encontraría su resumen y figura final en la Última Cena de Jesucristo, que anticipa y lleva en sí la Cruz y la Resurrección. Cf. Benedict XVI, “Grace and Vocation without Remorse: Comments on the Treatise *De Iudaeis*”, *Communio* 45 (2018) 163-184.

reconocido prestigio han señalado que la institución eclesiástica católica puso en marcha, con excesiva precipitación, una estrategia que habituó a pensar, en Occidente, que las fuentes judías estaban secas o sepultadas bajo aguas más vivas, degradando a Israel al rango de un presupuesto histórico-salvífico ya superado.⁷

Paralelamente, el Derecho Canónico sufrió la influencia terminológica, técnica e institucional del Derecho Romano. Y, al acoger el latín como lengua oficial, la Iglesia y la teología fueron influidas por la mentalidad forense latina y su sensibilidad jurídica en temas tan decisivos como el juicio. Si bien no debemos olvidar que, como recuerda Ratzinger, la cultura jurídica occidental, que se enriqueció y fue decantada, tras su paso por la Edad Media y la Ilustración, hasta llegar a la Declaración de los derechos humanos y a nuestras modernas Constituciones, tuvo su origen, allá por el siglo II a. C., en el vínculo precristiano realizado por los maestros del derecho romano y los filósofos estoicos.⁸

Con mucha dificultad y encarnizadas persecuciones, el imperio romano de raíz occidental, en franca decadencia, fue renovado vigorosamente por la savia joven que brotó de los cuerpos de los mártires, testigos del acontecimiento estremecedor y redentor de revelación y de fe cristiana. Extendiéndose poco a poco hacia el norte de Europa, fue el reinado de Carlomagno el evento que creó una nueva identidad histórica y cultural para nuestro continente.⁹ A pesar de las limitaciones, esta cosmovisión inyectó en las vidas un nuevo sentido. Al anclarlas en lo definitivo, les confirió una misión trascendente y, con ello, les dotó de una identidad cargada de futuro.

⁷ Cf. Johann Baptist METZ, *Memoria Passionis*, Bilbao, Sal Terrae, 2006, 61. Cf. Emmanuel LEVINAS, *Difícil libertad*, Madrid, Caparrós Editores, 2004, 15

⁸ Cf. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 306.

⁹ En el Occidente latino, la teología cesaropapista parece iniciarse propiamente con Carlomagno, cuando el papa León III, en el año 800, le coronó emperador del restaurado imperio romano, precursando de este modo el Sacro Imperio Romano-Germánico. Aunque en franca decadencia, desde el final de la Edad Media, la realidad político-religiosa del Sacro Imperio y su teología de la historia, sin la que Europa no hubiera existido, se rompió definitiva y formalmente con la Revolución Francesa.

Europa se creó así como un espacio o “cuerpo espiritual” constituido e irrigado por un diálogo subterráneo entre los espíritus semítico y helenístico. Europa nació, en opinión del teólogo alemán, de la síntesis realizada en Cristo entre la fe de Israel y el espíritu griego, y se fundamenta sobre ella. Ratzinger precisa aún más cuando escribe que “Europa llegó a ser Europa gracias a la fe cristiana, que lleva en sí misma la herencia de Israel, pero a la vez ha asumido lo mejor del espíritu griego y romano”.¹⁰

De un modo figurado, se podría decir que ese organismo cultural recién nacido llamado “Europa”, este “cuerpo espiritual” que comenzó a gestarse con la impronta de la idea imperial —revestida de un aura de sacralidad—, que Occidente heredó del mundo oriental,¹¹ nació propiamente con dos pulmones. Por un lado, la sucesión bizantina del imperio romano, con su misión hacia los pueblos eslavos que, a su vez, hereda Rusia. Por otro lado, el imperio carolingio, la transformación cristiana del Imperio Romano.

Si a través del alumno de Aristóteles, Alejandro Magno, la idea imperial había pasado del orbe cultural griego al romano, al caer este último, volvía ahora a helenizarse, puesto que el Imperio Bizantino asumía el rango de imperio universal cristiano. Su capital, Constantinopla, pasaba a estimarse como la “nueva Roma”. Así, en la época de Justiniano, en el siglo VI d. C., la teología política denominada “cesaropapismo” hizo del emperador de Oriente depositario, por designio divino, de dos herencias simbólicas: del universalismo político de los emperadores romanos y del universalismo espiritual evangélico, con la misión de salvaguardar la fe verdadera contra las herejías y el paganismo.

¹⁰ RATZINGER, *La Nueva Europa*, 11.

¹¹ Resulta necesario evocar también que Europa comienza a gestarse con la importación que el mundo occidental hizo de la idea imperial, que parece remontarse a las campañas persas de Alejandro Magno, para ser asumida posteriormente por los romanos. Siglos más tarde, la caída del último emperador romano en Occidente (Rómulo “Augústulo”), después por Odoacro en el año 476, hizo tomar conciencia de estar viviendo una época de transición global, un verdadero traspaso histórico de poder político, pero también religioso.

Debe decirse que la primacía político-religiosa de Bizancio también parecía albergar un signo premonitorio del futuro primado teológico. Sólo hubo que esperar a que los patriarcas Focio (siglo IX) y Miguel Cerulario (siglo XI) argumentaran ciertos errores dogmáticos de la Iglesia de Roma, para que el Cisma Oriental sancionara el divorcio del primado petrino. Uno de sus argumentos para la separación fue el siguiente: “si la Iglesia de Roma fue fundada por san Pedro, la de Constantinopla lo había sido por san Andrés, quien era mayor”.

Entre las diferencias y similitudes que suelen señalarse, entre la raíz griega oriental y la raíz latina occidental de Europa, Ratzinger se fija especialmente en dos.

En Bizancio, rey y sacerdocio, la corona y la mitra, Imperio e Iglesia, aparecen prácticamente identificados. En cambio, en Roma, el papa Gelasio V subrayó que la unidad de poderes se daba sólo en Cristo, introduciendo una separación entre política y religión que llegará a ser decisiva en el futuro, aunque haya habido intentos de totalización del poder.

Entre las similitudes más notables, Ratzinger recuerda que, durante las grandes convulsiones de la historia, tanto en el oriente griego como en el occidente latino, el monacato, como vida que testimonia y anticipa el mundo venidero o escatológico, ha cumplido el papel de conservador y transmisor de los tesoros culturales, convirtiéndose así en motor de sucesivos y necesarios renacimientos.

Lo cierto es que el imperio romano de Oriente —el Imperio Bizantino— también cayó, esta vez en manos de los turcos. Pero, al igual que ocurrió en el imperio romano de Occidente, la idea imperial no cayó en el olvido. Hubo que esperar al tiempo propicio, esta vez situado entre los siglos XV-XVII, para que una gran potencia cristiano-oriental ortodoxa, reivindicara la sucesión espiritual de Bizancio. Cuando, en 1453, los turcos conquistan Constantinopla, se produce un tercer traslado del imperio a Moscú.

Con la solemne coronación de Iván el Terrible como “zar de toda Rusia”, y de Job como “patriarca de Moscú y de toda Rusia”, el pueblo ruso comenzó a configurarse en torno al mito

mesiánico de “Moscú Tercera Roma”. Si Bizancio había sido la “segunda Roma”, ¿por qué Moscú no podía ser la tercera?

La teología política bizantina había achacado la caída de la Roma antigua a la ira divina por su condición pagana y perseguidora de los cristianos. Por su parte, el profeta de la “tercera Roma”, el monje Teófilo de Pskov († 1547), interpretó la caída de Constantinopla como un nuevo castigo divino por haber buscado la unión con el paganismo herético latino de Occidente.¹²

Ahora bien, como señala Ratzinger, “el comienzo de la era moderna significa para ambas Europas un punto de inflexión, un cambio radical, que afecta tanto a la esencia de este continente como a sus contornos geográficos”.¹³ Los dos pulmones cristianos de Europa viven sendas conmociones históricas.

Como dijimos, Europa oriental vive la caída de Bizancio a manos de los turcos (1453) y el traslado de la capital al nores-te, es decir, a Moscú. Europa occidental sufre, por un lado, el

¹² Paradojas de la historia, la guerra televisada a la que asistimos en nuestros días, parece actualizar esta teología política. Como sabemos, el presidente ruso actual, Vladimir Putin anunció, a primera hora del 24 de febrero del año 2022, la decisión de enviar tropas rusas a las regiones de Donetsk y Lugansk, en Ucrania. Esta decisión llegó 20 días después del acuerdo-coalición entre la Rusia cristiana de Putin y la China confuciana de Xi Jinping, para consolidar el proyecto de unión económica euroasiática. Durante su discurso a la nación, Putin relató que Ucrania no es únicamente, para Rusia, un país vecino que pertenece a su espacio físico, sino que es una parte inalienable de su historia, es decir, de su espacio e identidad espiritual. A este particular, conviene no olvidar que su “tocayo”, el príncipe Vladimiro, se bautizó en el año 988 d. C., favoreciendo, de este modo, un bautismo colectivo de sus gentes, que ayudó eficazmente a implantar el cristianismo ortodoxo en Kiev, “la madre y centro espiritual de las ciudades rusas”. Diez días después del anuncio de Putin, el 6 de marzo de 2022, el domingo del exilio adánico (“domingo del perdón”), el patriarca Kirill de Moscú y de toda Rusia celebró la Divina Liturgia en la catedral de Cristo Salvador de Moscú. Al final del servicio religioso, este nuevo profeta de la “tercera Roma” comenzó un discurso encendido, en tono apocalíptico, del siguiente modo: “Lo que ocurre hoy (...) no es sólo político (...), se trata de la Salvación del hombre, del lugar que ocupará a la derecha o a la izquierda de Dios Salvador, que viene al mundo como Juez y Creador de la creación”. (<<https://le-grandcontinent.eu/es/2022/03/08/la-guerra-santa-de-putin/>>).

¹³ RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 273.

desgarro de un cisma entre un cristianismo germano-protestante que se separa del cristianismo latino-católico, si bien es cierto que, dentro del primero, también se suceden nuevas escisiones (entre luteranos y reformados, por ejemplo). Por otro lado, se produce el éxodo radical de las fronteras europeas hacia una nueva tierra, donde sembrar la semilla del evangelio.

Digno de reseñar resulta para Ratzinger que, al emprender la ruta atlántica hacia la “tierra prometida” americana, los españoles y portugueses de tradición cristiana se encontraron con gentes paganas, que no sentían ni pensaban desde el horizonte de comprensión abierto por la fe cristiana y que, a la vez, había inspirado los sistemas legales en el viejo continente. La figura del católico Francisco de Vitoria abrió el camino para ensanchar el horizonte de pensamiento jurídico y eclesiástico, y pensar un derecho previo al sistema dogmático del catolicismo (*ius gentium*) que sirviera para regular la justa convivencia de todos los pueblos.¹⁴

Como ya señalamos, entre la decadencia de la realidad político-religiosa del Sacro Imperio y la ruptura formal del mismo operada en 1789, la idea imperial fue paulatinamente resquebrajándose, no sin ciertos renacimientos. Durante este lapso de tiempo, y notablemente influido por el escándalo de las guerras de religión entre protestantes y católicos, se puso en marcha un proceso histórico de homogeneización nacional, indisolublemente unido a la confesionalización religiosa.¹⁵

El primer paso, en esta homogeneización de la confesionalización, quizá fue dado en la España de los reyes católicos, en 1492, cuando la expulsión de los judíos y musulmanes uniformó religiosamente el Estado bajo una misma confesión. Desde el siglo XVI al siglo XVIII, el norte de Europa se homogeneiza bajo el protestantismo luterano, la zona sur bajo el catolicismo, y Alemania, Holanda y Suiza se mantendrán como Estados biconfesionales. Bajo el principio emanado de la Paz de Westfalia (1648), *cuius regio eius religio*, la masa de la

¹⁴ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 85.

¹⁵ Cf. José CASANOVA, “Secularización y laicidad en España y Europa. Una perspectiva comparada global”, en Manuel REUS (ed.), *Secularización, laicidad y religión*, Bilbao, Publicaciones de la Universidad de Deusto, 2014, 113 (111-120).

población fue forzada *desde arriba* a pertenecer a una misma confesión. Este modelo de nacionalización de las confesiones religiosas, insistimos, *desde arriba*, permanecerá en el sustrato colectivo del alma europea ocasionando que, más tarde y al contrario que Estados Unidos, cuando se den las circunstancias favorables, los diferentes Estados e individuos sientan la necesidad de liberarse de una realidad “opresora”.¹⁶

Con la modernidad, culminada violenta y sangrientamente con la Revolución Francesa, este proceso europeo de nacionalización de la confesionalidad de los Estados, parece ser reemplazado por un auténtico proceso de racionalización, y así secularización, tanto de los sistemas y subsistemas sociales, como del sistema subjetivo de ideas y creencias.¹⁷

Dicha racionalización propició el rechazo del fundamento sagrado de las diferentes regiones de la realidad, es decir, la emancipación del orden de lo sagrado que precedía y daba forma a sectores tan diversos como la naturaleza, la historia, el Estado, el derecho, etc. A partir de las guerras de religión, y para evitar nuevas y devastadoras luchas entre hermanos en la fe, se inicia una separación entre la fe y la ley, entre el derecho eclesiástico y el orden jurídico burgués, en definitiva, entre el Estado y la Iglesia. Rechazando el fundamento sagrado del Estado y del derecho, éstos no pueden basarse ni fundarse ya sino en la racionalidad y en la voluntad de la ciudadanía, lo que implica el rechazo o, al menos, la ocultación, de

¹⁶ Exactamente al contrario de Europa, donde el cristianismo católico se estimó una rémora al progreso, el cristianismo será percibido, en Norteamérica, como un ingrediente básico de la argamasa que posibilita la modernidad, la libertad y la democracia. Cf. CASANOVA, “Secularización y laicidad en España y Europa”, 114.

¹⁷ Cf. el “modelo estándar” se resume en la tesis clásica de Max Weber el “desencantamiento del mundo” (Die Entzauberung der Welt), basada en la ecuación “modernización = racionalización = secularización”. Cf. Diego BERMEJO, “Repensar la secularización”, *Pensamiento* 263 (2014) 343 (341-368): <https://doi.org/10.14422/pen.v70.i263.y2014.006>. Resulta digno de reseñar que, en las naciones de tradición católico-latina, la condición meramente ciudadana se ha vivido polémicamente con la identidad cristiana, mientras que en el mundo protestante no ocurre lo mismo. Ratzinger llega a decir que, en la lengua alemana, no existe término para referirse a este extraño fenómeno. Cf. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 276.

la condición creada de lo humano. Si bien es cierto que, para lograr una convivencia pacífica, se necesitó, de modo análogo a lo ocurrido en América con Francisco de Vitoria, un mínimo de derecho común que no descansara en la revelación y la fe sino en la razón natural.

Hugo Grocio y Samuel Pufendorf sugerían a los soberanos de la Europa del siglo XVII la recomendación de que determinadas intuiciones básicas de derecho natural serían aceptables por todos, si no pusiésemos el fundamento de garantía que es Dios, en definitiva, legislar “como si Dios no existiera” (*etsi Deus non daretur*). Si no hay diferencia práctica alguna entre que Dios exista o no, lo mejor es —para no herir ciertas sensibilidades— emanciparse de toda revelación y negar toda trascendencia ajena al hombre —lo que implica rechazar el cristianismo—, pues estas parecen ser las condiciones indispensables para la convivencia en paz y para el progreso de la sociedad, es decir, para la legítima libertad y autonomía del conocimiento científico que propicie el desarrollo de la técnica y de la tecnología.

La crítica ilustrada moderna a la revelación comporta la desvalorización del poder cognoscitivo de la fe. Relegando ésta a un puro acto subjetivo que tiene como objetos los postulados de la razón práctica, y poniéndola en relación con la moralidad y el sentimiento ético-religioso de respeto al deber (Kant), o reducida a mero sentimiento de fusión con el Universo que nos inserta en la Totalidad numinosa (Schleiermacher), no queda otra solución, para la religión y la fe, que refugiarse en el ámbito privado e íntimo del sentimiento subjetivo. Dios y su voluntad, que no parecen claramente cognoscibles para cierto tipo de racionalidad técnica e instrumental, deben dejar de ser relevantes para la vida pública. A juicio de Ratzinger, este tipo de racionalidad funcional, calculadora, que excluye a Dios de la conciencia pública,

ha traído consigo un trastorno de la conciencia moral desconocido en las culturas precedentes, porque afirma que sólo es racional lo que se puede probar por medio de experimentos. (...) en Europa ha tomado cuerpo una cultura que se presenta como la contradicción

absoluta y más radical no sólo del cristianismo, sino también de las tradiciones religiosas y morales de la humanidad.¹⁸

Así, a lo largo del siglo XIX, se fueron configurando, en Europa y América, diferentes formas de articular la relación entre política y religión.

Por un lado, el modelo laicista y aconfesional que separaba claramente Estado e Iglesia, fundamentando el primero en las intuiciones meramente racionales. Fue el modelo que se consolidó especialmente en las naciones latinas. Por otro lado, se podría hablar de un modelo germánico, donde se reconoce y acepta sin conflicto interior un cristianismo estatal ilustrado, cuyos valores morales han garantizado la cohesión social. Con la Revolución Francesa, subraya Ratzinger, la ideología laicista ocasiona, en las naciones de ámbito latino y tradición católica,¹⁹ una profunda grieta, un nuevo tipo de cisma o división entre cristianos y laicos.²⁰ Mientras tanto, el cristianismo protestante daba entrada a las ideas liberales e ilustradas sin que, en principio, el marco de un amplio consenso moral cristiano se viniera abajo, incluso proponiendo un nuevo modelo de Iglesia estatal.

Un tercer modelo de articulación Estado-religión fue el modelo socialista en sus dos vertientes: democrática y totalitaria. Aunque el socialismo democrático, cercano a la doctrina social de la Iglesia, pudo contribuir satisfactoriamente a formar una sensibilidad social, corrigiendo excesos del liberalismo individualista y de fuerzas rígidamente conservadoras, el totalitarismo socialista, marxista y comunista, es considerado, por Ratzinger, como una auténtica corriente apocalíptica, como un nuevo y peligroso “mesianismo político secularizado” que, disolviendo las certezas primordiales sobre Dios, el universo y el ser humano, puede conducir a la autodestrucción de la conciencia occidental.²¹ Al haber ensayado la destrucción y disolución

¹⁸ RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, 28-29.

¹⁹ Un sugerente trabajo sobre la historia del laicismo en Francia puede encontrarse en Marcel GAUCHET, *La religión en la democracia*, Barcelona, El Cobre, 2003, 41-71.

²⁰ Cf. RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 24.

²¹ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 61-63.

de la conciencia ética tradicional de Europa, el teólogo bávaro subraya que las catástrofes que ha traído consigo este modelo son tanto económicas como, especialmente, morales.

Interpretando la historia desde claves evolucionistas, dialécticas, materialistas, deterministas y ateas, esta ideología, bajo apariencia científica, escondería un dogmatismo intolerante que convierte todo lo real en medio al servicio del mito del progreso y que funcionaría como algo parecido a un Destino impersonal. El marxismo juzga la historia occidental como una historia de opresión de las clases bajas, entre las que destacan los obreros y campesinos, cuya última fase de la historia se inicia, no con reformas, sino con el asalto violento al poder, por parte de las clases oprimidas o sujetos revolucionarios.

Por último, Ratzinger destaca y admira el modelo estadounidense de articulación entre religión y política, que confiere al factor religioso un peso público muy significativo. A pesar de que la erosión de la herencia cristiana avanza sin parar, y de la presencia de tradiciones religiosas de todo el mundo, el aumento exponencial de la población hispana ha contribuido a hacer de la Iglesia católica hoy, en Estados Unidos, la comunidad religiosa más grande.

El continente americano se convirtió en el principal refugio de todas aquellas minorías cristianas expulsadas de Europa, que huyeron del proceso de homogeneización confesional y nacional antes mencionado. La iglesia congregacional ocupó preferentemente las colonias del norte, la iglesia presbiteriana la zona centro y atlántica, y la iglesia anglicana episcopaliana las colonias del sur. Pero, como señala Casanova, los Estados Unidos “nunca fueron un orden confesional; nunca tuvo una iglesia estatal confesional; y nunca los individuos pertenecieron a una iglesia nacional”.²²

El modelo de correlación política-religión se sustentó, bajo la forma democrática del Estado secular americano, en dos principios: imposibilitar la existencia de una religión oficial y proteger el libre ejercicio de todas. En este mismo sentido, Ratzinger subraya que la tradición de las iglesias libres, que Estados Unidos promueve en su protestantización

²² CASANOVA, “Secularización y laicidad en España y Europa”, 113.

de Iberoamérica, y que la Iglesia católica reconoce y acepta en Estados Unidos, consiste en la convicción de que una Iglesia no confundida con el Estado garantiza mejor la educación moral de la comunidad, asegurando un sistema político y económico estable.²³ Aunque comparten con Europa el rígido dogma de separación Iglesia-Estado, existe un consenso cristiano-protestante fundamental, especialmente por la poderosa influencia de las iglesias libres, que dota al país norteamericano de una misión compartida de aliento trascendente.

Pues bien, junto al colonialismo de Europa en África y América, a lo largo del siglo XIX, los territorios que fueron configurados lingüística y confesionalmente fueron revistiéndose del aura de sacralidad que, en otro tiempo, había acompañado la idea imperial, emergiendo así diversos ámbitos lingüísticos unitarios o "naciones", como nuevos sujetos históricos y revolucionarios que se creen portadores de una misión universal. Una autocomprensión que necesariamente debía conducir a fricciones y conflictos entre ellas, y cuyo impacto mortal y letales consecuencias, como escribe Ratzinger, "hemos experimentado dolorosamente en el siglo pasado".²⁴

1.2. La extraña muerte de Europa

Lenin afirmaba, a finales de 1914, que "la guerra europea significa una violenta crisis histórica, el comienzo de una nueva época".²⁵ El filósofo checo Jean Patočka escribió, por su parte, que "la Primera Guerra Mundial es el acontecimiento decisivo en la historia del siglo XX. Ella decidió cuál sería su entero carácter".²⁶ En algo coinciden la mayor parte de los especialistas: la primera guerra, la "Gran Guerra", constituyó un acontecimiento que superó a todos, al irrumpir junto a ella la noción de "guerra total", es decir, una guerra dirigida no sólo contra los ejércitos sino también contra la población civil. Este conflicto exigió la movilización, a escala global, de poblaciones enteras, sin

²³ Cf. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 281.

²⁴ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 25.

²⁵ Modris EKSTEINS, *La consagración de la primavera*, Valencia, Pre-textos, 2014, 240.

²⁶ Jan PATOČKA, *Ensayos heréticos de la historia*, Madrid, Encuentro, 2016, 177.

distinción de género o clase social, lo que demandó ingentes cantidades de recursos materiales, con el objetivo de producir para destruir. Pero, si había que apropiarse de las fuentes de energía del planeta, y actualizar las reservas acumuladas durante millones de años en las entrañas de la tierra (energía, carburante, metal, etc.), la Gran Guerra no sólo fue un acontecimiento *histórico*, fue, desde cierta perspectiva, un acontecimiento *cósmico*.

Se usaron, por primera vez en la historia, máquinas y técnicas de propaganda que polarizaron identidades y despertaron sentidos de pertenencia olvidados. No en vano la I Guerra Mundial es un conflicto de nacionalismos. Pero, a pesar de todos estos fenómenos, incluso la Gran Guerra llamada “mundial”, fue una guerra europea.

La II Guerra Mundial, una guerra de ideologías, generó sistemáticamente la “guerra total”. Como escribe Jaspers, un testigo y lector privilegiado de la época, “sólo la segunda guerra mundial ha dado, a la entrada de todo el globo en conjunto, su pleno peso. La guerra en el Asia Oriental fue tan importante como la guerra en Europa. De hecho, aquella fue la primera guerra verdaderamente mundial”.²⁷ Con ella ha comenzado la historia única de todo el globo.

A nadie escapa, piensa Ratzinger, que Europa siempre fue una zona de contrastes y conflictos. A lo que añade que las grandes unificaciones políticas y la exacerbación de los sentimientos nacionalistas, durante el siglo XIX, agudizaron esta oposición destructiva. Y, tras la catástrofe ocasionada por dos guerras mundiales devastadoras, pasó al sentido común la conciencia de que era necesario hacer todo lo posible para evitar que se volviera a repetir una catástrofe semejante. Era urgente la realización de un gran consenso moral de posguerra.

Tras la catástrofe de las dos guerras mundiales, se hacía necesario buscar una identidad europea que, sin negar y disolver las identidades nacionales, lograra su convergencia en un nivel superior de conciencia de comunidad de pueblos europeos. Según la senda abierta por la primera generación de

²⁷ Karl JASPERS, *Origen y meta de la historia*, Madrid, Revista de Occidente, 1968, 169.

políticos de posguerra y de los padres fundadores de la comunidad europea (Churchill, Adenauer, Schumann, De Gasperi, De Gaulle, Raab, Figl, Kunschak), a quienes Ratzinger admira, y que parecen olvidados y negados, el patrimonio cultural, moral y religioso, especialmente la promoción de los valores morales ilustrados y cristianos, debería ser el encargado de configurar la conciencia de los habitantes de este territorio, como camino hacia una paz duradera.²⁸

En este proceso de unificación, la caída del muro de Berlín (1989) supuso un punto de inflexión no sólo para Alemania sino para Europa y, quizá también, para la historia posterior de la humanidad a escala global. El muro de Berlín no sólo separaba físicamente dos territorios, también simbolizaba invisiblemente la división ideológica de Europa y del mundo entero. Para generar un nuevo patriotismo europeo, que fuera más allá de la Unión Económica, Jacques Delors defendió en 1992, en la catedral de Estrasburgo, que, en los próximos diez años, era necesario dar a Europa un alma, una espiritualidad, un significado, donde la sabiduría cristiana debía ser absolutamente capital.

Sin embargo, algunos intelectuales que vivieron durante el periodo de entreguerras, como Karl Popper (“sociedad abierta”) y Friedrich von Hayek (“libre mercado”), propusieron que Occidente sólo podrá subsistir si escapa de los ciclos sangrientos de autodestrucción, siempre y cuando reprima el impulso a consolidarse en torno a lealtades y solidaridades compartidas de aliento o inspiración trascendente,²⁹ es decir, poniendo en marcha terapias de desencantamiento que logran desactivar

²⁸ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 59; 199; 222.

²⁹ Resulta ciertamente paradójico que, decidiendo el destino histórico de la humanidad, quienes han vivido en “la línea sagrada, la línea cálida y viviente del Frente”, hayan sufrido una conmoción sin igual que opera un vínculo de Vida en el que participan quienes están y durante el tiempo que dura su manifestación. Quizá se pueda afirmar la existencia de una profunda y paradójica hermandad y solidaridad entre la corriente de testigos conmocionados, aunque sean enemigos en el campo de batalla. Cf. Pierre TEILHARD DE CHARDIN, *La vida cósmica*, Madrid, Trotta, 2017, 180.

el poder de lo sagrado en la vida pública.³⁰ Era urgente la realización de un gran consenso moral de posguerra,³¹ donde los gestores económicos se encargasen del gobierno, los psicólogos, los terapeutas y la industria farmacéutica de los desequilibrios psíquicos y ciertos especialistas de la cultura (liberalismo pragmático y anti-ideológico).

Para Ratzinger, la unificación europea respondió, por un lado, a la pérdida de hegemonía mundial de Europa, tras la II Guerra Mundial, donde EEUU, Japón, la Unión Soviética y, últimamente, China, se erigieron como grandes potencias económicas, tecnológicas y militares en el escenario internacional. Para resultar relevante en la política mundial era necesario convertirse en una potencia económica, lo que exigía supeditar los intereses particulares nacionales al interés común europeo, para unificarse en una estructura económica y política supranacional. La moneda común es un ejemplo paradigmático de este ensayo de unificación europea.³²

Pero lo cierto es que, tras unos inicios de unificación europea donde la ética y religión cristiana eran tenidas más en cuenta, la deriva ha sido haberse polarizado en el interés

³⁰ En nuestro continente se demonizó la idea de nación, argumentando que los nacionalismos de los siglos XIX y XX habrían sido responsables de las dos guerras mundiales. Una frase que se convirtió en emblema de esta lucha antinacionalista fue proclamada por el presidente Mitterand, el 17 de enero de 1995, en su despedida del Parlamento Europeo, poco antes de abandonar el Elíseo: “El nacionalismo es la guerra”. A su vez, el 5 de febrero de 1996, el canciller alemán Helmut Kohl ofreció un discurso en la Universidad Católica de Lovaina, donde defendió la necesidad de formar algo así como los “Estados Unidos de Europa” para solucionar el gran problema del siglo XXI. La crisis de las identidades nacionales es un tema que atañe a toda Europa. Por ejemplo, Francia está viviendo una crisis de identidad de gran envergadura desde hace dos décadas.

³¹ Se trató de un acuerdo que, según Reno, se propuso debilitar los “dioses fuertes”, inoculando un extraño complejo de culpa entre quienes no reconocen el imperio de los “dioses débiles”. Se intentó cargar un lastre en la conciencia cristiana europea, que provocó un sentimiento de estar en deuda culpable, una “vergüenza étnica”, que pesa como una losa, y que parece no poder ser nunca cancelada. Cf. Russell Ronald RENO, *El retorno de los dioses fuertes*, Madrid, Homo Legens, 2020.

³² RATZINGER, *La Nueva Europa*, 222 ss.

económico como el único factor determinante, como el factor capital de la Unión. El teólogo alemán parece asumir la idea popperiana de “sociedad abierta”, pero sin reducir Europa a una mera centralización de competencias económicas.³³

El pulmón occidental de Europa fue deudor de la mejora muy ostensible de las condiciones económicas que se produjo en la década de los años 50 del siglo pasado, donde los sucesivos gobiernos apelaron a las parejas a ganar y gastar su dinero para favorecer el crecimiento y el bienestar, en el periodo de reconstrucción que sucedió a la II Guerra Mundial. De este modo se fue instalando un modelo de vida y una forma de pensar meramente secular, donde la cultura europea ha acabado por reducirse a representar, básicamente, una civilización tecnológica y comercial.

Ahora bien, las sociedades del bienestar material han facilitado la suave imposición de valores como el relativismo y la indiferencia, como si, en el fondo, todo diera lo mismo, instaurando una cultura de la intrascendencia, encerrada en la satisfacción y diversión inmediata del aquí y ahora, propia del individualismo hedonista y narcisista.

El debilitamiento del “ser” como destino de Occidente (Vattimo)³⁴ y su sustitución por el “tener” en las sociedades hiperconsumistas, abocó al desierto del nihilismo y dio origen a numerosos problemas morales.³⁵ La apatía, el tedio y la angustia que, en los tiempos posmodernos, se correlacionan con estados depresivos, parece abocar, en no pocos casos, al suicidio, no sólo de los individuos sino de toda una civilización.³⁶ El viejo continente padece una grave crisis espiritual y étnica, que parece anunciar que nos encontramos en una fase terminal de nuestra historia.

Por su parte, en la zona oriental de Europa, la caída y abandono del marxismo no produjo automáticamente, para la vida de las personas, un nuevo fundamento espiritual y

³³ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 85-87.

³⁴ Cf. Gianni VATTIMO, *El fin de la modernidad*, Barcelona, Gedisa, 1986, 106.

³⁵ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 141.

³⁶ Podemos realizar una analogía con el vacío que dejó la situación de colapso que vivió el cristianismo estatal prusiano, para ser llenado con la dictadura. Cf. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 280.

cultural que contribuyera a construir un estado libre y una sociedad sana. Más bien sucedió que la pérdida de una ideología, que sustentaba el sentir y pensar de poblaciones enteras, y el descuido espiritual subsiguiente, desembocó en el vacío de sentido que abocó a muchas personas a la drogadicción y al terrorismo, pero también al despertar de actitudes y energías que, en opinión de Ratzinger, son fuente de esperanza.³⁷

Resulta sintomático que, durante el trayecto de 30 años que nos separa del derrumbe y desintegración de la URSS en 1991, la Iglesia Ortodoxa ha asumido, hasta el presente, el rol de defensora de la moral social y de los valores tradicionales rusos en el contexto de la “guerra cultural” contra un Occidente que considera “decadente”. El patriarca Kirill de Moscú se situó en el terreno de los valores que defienden la vida y la Ley de Dios frente a las fuerzas diabólicas, propias de la cultura de la muerte, asociadas al siniestro “mundo feliz”, que desean imponer los líderes mundiales del Occidente pagano.

Recordemos que, ante el fracaso del marxismo clásico y el aburguesamiento del proletariado, simbolizado en 1989 con la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, y en 1991 con la disolución de la Unión Soviética (URSS), los movimientos ideológicos y políticos de izquierda, para no perder su razón de ser y, quizá también, para rellenar el vacío de sentido de millones de vidas que habían puesto su confianza en esta ideología, debían reinventarse a partir de los años noventa como “políticas de identidad” (*Identity Politics*).³⁸

³⁷ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 90 ss.

³⁸ Según el periodista británico, ateo y homosexual, Douglas Murray, el diseño de políticas de identidad, por el marxismo cultural posmoderno, ha fabricado nuevas identidades disolventes y conflictivas, que han sido elevadas a auténtica “religión de Estado” en el siglo XXI. En este mismo sentido parecen orientarse las palabras del controvertido y mediático periodista francés, Éric Zemmour, que se ha mostrado enormemente crítico con esta forma de pensar que podría muy bien encajar con el totalitarismo socialista que Ratzinger señaló. “Todo el trabajo ideológico de las feministas y de los homosexuales militantes ha consistido en desnaturalizar la diferencia de los sexos, en mostrar el carácter exclusivamente cultural, y por lo tanto artificial, de los atributos tradicionalmente viriles y femeninos. La deconstrucción sexual ha minado todas las certezas de unos y otros. Era el objetivo que se buscaba. Se trataba

La izquierda política, que fracasó a lo largo del siglo XX en su aspiración clásica de revolución socioeconómica, tuvo que reinventarse buscando otro enemigo, otros aliados y otra interpretación de la historia: de situar como objetivo el cambio de la estructura económica y la dictadura del proletariado, pasó a proponerse el cambio de la estructura mental —natural y tradicional—, imponiendo la dictadura del relativismo,³⁹ y buscando nuevos sujetos revolucionarios en el sexo femenino, las minorías étnicas y raciales, los colectivos LGTBI+ o los ecologismos.

A la interpretación popperiana de la historia de Occidente como una batalla entre “abierto” y “cerrado”, la nueva izquierda parece renegar de sus raíces y “caricaturiza su propia historia, representándola como una larga noche de machismo, racismo, superstición y represión”.⁴⁰ Denunciando el endurecimiento de dogmas como la propiedad privada y la sacralización del matrimonio y de la familia natural y tradicional, esta ideología parece buscar la deconstrucción de un horizonte categorial de significación opresor —un régimen cultural heteropatriarcal—, y ensayar así una redefinición de los criterios morales e históricos de Occidente.

Si, para Ratzinger, las consecuencias antropológicas y morales de estas propuestas son extremadamente graves, no lo es menos la legalización de la eutanasia y del aborto, una barbarie silenciosa que, en expresión del Papa Francisco, constituye un auténtico “genocidio de guante blanco”.⁴¹ Resulta pertinente recordar, a este respecto, lo que Ratzinger ha señalado, en

de demostrar que la tan cacareada «naturaleza» no es más que el producto de lógicas culturales y sociales. (...). En suma, destruir la herencia judeocristiana” (Eric ZEMMOUR, *El primer sexo*, Madrid, Homo Legens, 2018, 38).

³⁹ Se puede encontrar un estudio actual de este fenómeno en Francisco Javier CONTRERAS – Diego POOLE, *Nueva izquierda y cristianismo*, Madrid, Encuentro, 2011, 97 ss.

⁴⁰ Francisco Javier CONTRERAS, *La fragilidad de la libertad*, Madrid, Homo Legens, 2018, 13.

⁴¹ Esta afinada designación fue utilizada por el papa Francisco en junio del año 2018. Cf. Robert SARAH, *Se hace tarde y anochece*, Madrid, Palabra, 2019, 239.

no pocas ocasiones.⁴² Cuando un criminal y sus compañeros de partido tomaron el poder en Alemania, legalidad e ilegalidad se fueron entreverando, hasta el punto de usar los medios del derecho para fines criminales.⁴³

La acción de interrumpir el proceso de la vida, exterminando la posibilidad de que el feto vea la luz, sucede en el silencio gélido de un quirófano, buscando las mejores condiciones sanitarias de la intervención para la mujer y madre. Si la calidad del proceso parece garantizada, irrumpe la duda sobre si también se garantizará la calidez humana del acontecimiento. ¿Podrán vivir los protagonistas del siniestro acontecimiento con la conciencia tranquila, borrando lo sucedido de su memoria, o no ocurrirá más bien que el silencio de los muertos pesará e interpelará la conciencia de los vivos?⁴⁴

Ante este drama moral que opta por la decisión de cerrar los ojos al derecho a la vida del no nacido, es decir, arrogarse el derecho a disponer de la posibilidad o no de permitir existir a otro ser humano, Ratzinger persiste en el cuestionamiento y esboza una respuesta: ¿por qué hoy en día se rechaza casi unánimemente el infanticidio, mientras casi se ha perdido la sensibilidad ante el aborto? Quizá solo porque en el aborto no se contempla el rostro de la criatura que jamás verá la luz.⁴⁵

Pues bien, en esa “larga noche de machismo, racismo, superstición y represión”, el cristianismo y la Iglesia católica, ocuparían un lugar de excepción. No resulta extraña, por tanto, la creciente deriva “crístófoba” del *establishment* cultural europeo, una élite minoritaria, pero muy influyente sobre los Estados nacionales, que parece controlar las instituciones de poder donde se fabrican las definiciones “políticamente

⁴² Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 57 ss.

⁴³ Como escribe el historiador César Vidal, “si el antecedente de la legalización del aborto fue la legislación soviética de inicios de los años veinte, el de la eutanasia se encuentra directamente en el nacional-socialismo hitleriano”. César VIDAL, *Un mundo que cambia*, Nashville (Tennessee), TLM, 2020, 202.

⁴⁴ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 36ss; 87.

⁴⁵ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 40-41.

correctas” de la realidad, aunque pudiesen resultar interpretaciones sesgadas y engañosas.⁴⁶

Un ejemplo de esta deriva fue el rechazo a incluir, en el fracasado intento de constitución europea, una referencia explícita al cristianismo, como raíz espiritual de Europa. En los dos primeros párrafos del Preámbulo de esta Constitución que, en 2007, fue sustituida por el Tratado de Lisboa, se dice lo siguiente:

Conscientes de que Europa es un continente portador de civilización; de que sus habitantes, llegados en sucesivas oleadas desde los tiempos más remotos, han venido desarrollando los valores que sustentan el humanismo: la igualdad de las personas, la libertad y el respeto a la razón.

Extrayendo inspiración del legado cultural, religioso y humanista de Europa, que, alimentado primero por las civilizaciones de Grecia y Roma, caracterizado por un impulso espiritual siempre presente en su herencia y después por las corrientes filosóficas de la Ilustración, ha inculcado en la vida social su percepción del papel central de la persona humana y de sus derechos inviolables e inalienables, así como del respeto a la ley...

Como escribe el filósofo del derecho Francisco Javier Contreras, “la peculiar versión de la Historia europea solemnizada por la Constitución dista de ser una anécdota”.⁴⁷ La omisión de dos mil años de historia cristiana, es decir, el silenciamiento de una de sus raíces culturales, sin la que Europa resulta ininteligible, es ciertamente sintomático de una voluntad de negación de la identidad, por parte de ciertas élites dirigidas. ¿Cuáles pueden ser las causas?

El colonialismo europeo, durante el siglo XIX, el laicismo francés y el pasado nacionalsocialista alemán, parecen haber traumatizado y acomplexado a todo un continente. A lo que hay que añadir, como señaló Valéry Giscard d’Estaing, durante la preparación del texto constitucional, que la alusión explícita

⁴⁶ Se trata de conceptos que van calando poco a poco en la mentalidad colectiva de la sociedad, a través del poderoso influjo de los medios de comunicación de masas y por medio del sistema educativo.

⁴⁷ Francisco Javier CONTRERAS, *Liberalismo, catolicismo y ley natural*, Madrid, Encuentro, 2013, 99.

al cristianismo podría resultar excluyente a los 30 millones de musulmanes, cuyo crecimiento en Europa sigue en aumento.⁴⁸

El rechazo de la referencia a Dios y a las raíces cristianas de Europa no es, para Ratzinger, la expresión de la tolerancia que respeta todas las cosmovisiones y culturas religiosas. Se trata, más bien, de la imposición dogmática de un tipo de racionalidad que, divorciada conscientemente de sus raíces históricas, inmemoriales y fundacionales,⁴⁹ se ha arrogado el derecho a juzgar las diversas culturas religiosas como estados superados de la humanidad occidental.⁵⁰

Como recientemente confesó su secretario personal, Ratzinger le manifestó con amargura que “las motivaciones de este doble *no* son más profundas de lo que dejan pensar los argumentos que se ofrecen. Presuponen la idea de que solo la cultura ilustrada radical, que ha alcanzado su pleno desarrollo en nuestro tiempo, podría constituir la identidad europea”.⁵¹

Otro ejemplo de esta animadversión creciente contra el cristianismo en el viejo continente fue la recomendación a sus trabajadores, por parte de la comisaria de Igualdad de la Unión

⁴⁸ Según datos del año 2021 de la Oficina Nacional de Estadísticas del Reino Unido, en este país el 6,5% de la población es musulmana (en Londres el 15%), en Francia el 8,8%, en Bélgica el 6% (en Bruselas el 25%), en Alemania el 6,5%, en España el 5%. (<<https://www.caminosreligiosos.com/reino-unido-poblacion-musulmana-francia-belgica-espana-n-1709697.html>>).

⁴⁹ Ratzinger escribe, a este respecto, que “los musulmanes, a los que tantas veces y de tan buena gana se hace referencia en este aspecto, no se sentirán amenazados por nuestros fundamentos morales cristianos, sino por el cinismo de una cultura secularizada que niega sus propios principios básicos”. Joseph RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, 31.

⁵⁰ “En el momento en que Europa pone en tela de juicio o elimina sus propios fundamentos espirituales, se separa de su historia y cancela todos sus valores; la respuesta de una cultura no europea —como puede ser el islam— no puede ser sino una reacción radical contra todo esto y una regresión a un periodo anterior al encuentro con los valores cristianos”. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 22.

⁵¹ Georg GÄNSWEIN, *Nada más que la verdad*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2023, 69.

Europea, Helena Dalli, de no felicitar las fiestas con la palabra “navidad” por sus connotaciones cristianas.⁵²

Resulta ciertamente paradójico que, en tierras europeas, se sancione social y legalmente a quienes ofendan al pueblo judío o las creencias del islam. Sin embargo, escribe Ratzinger, “cuando se trata de Cristo y de los sagrado para los cristianos, entonces la libertad de opinión aparece como el bien supremo, cuya limitación supondría una amenaza o incluso la destrucción de la tolerancia y la libertad en general”.⁵³

En nombre de la universalidad, del pacifismo y de la diversidad, Europa parece abrir sus fronteras a millones de personas, a gentes de culturas fuertemente etnocéntricas y nada universalistas, que no creen en la diversidad, procediéndose, por ejemplo, a la creciente islamización de Europa. Sabiendo que nosotros no podemos volvernos indios, árabes o chinos, se nos presiona para creer que “cualquier persona de otro continente puede venir a Europa y convertirse en europeo”.⁵⁴

Minando sus fuerzas étnicas y espirituales, Europa parece haberse vaciado por dentro, como si el sistema circulatorio que riega su cuerpo espiritual y étnico estuviera sufriendo una parálisis que pone en peligro su vida. En nuestros días, esta amenaza de colapso parece querer subsanarse con trasplantes e injertos que, según la perspectiva de Ratzinger, no harían más que eliminar su identidad histórica y espiritual.

Lo que llegó fue una Constitución Europea (2002) que propuso una identidad cultural con valores abstractos y universales, es decir, una humanidad europea escéptica, postbélica, postnacional, posthistórica y postidentitaria; una Europa que, cansada de historia, parece no necesitar savia ni raíces que vivifiquen su cuerpo envejecido, como mostrando una suicida “voluntad de vacío”.⁵⁵

⁵² El 17 de septiembre de 2010, en el Westminster Hall, Benedicto XVI ya había alertado de signos preocupantes de esta índole. Cf. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 315.

⁵³ RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 287.

⁵⁴ Douglas MURRAY, *La extraña muerte de Europa*, Madrid, Edaf, 2019, 14.

⁵⁵ Chantal DELSOL – Jean-François MATTÉI, *L'identité de l'Europe*, Paris, Presses Universitaires de France, 2010, 3.

Así, concluye Ratzinger: “Europa está en una crisis de su historia y de su espíritu”.⁵⁶

1.3. Tipo de cultura para una Europa con futuro

La democracia americana estaría en serio peligro si olvida que se fundamenta en la imagen cristiana del hombre y del mundo, configurada desde la sensibilidad protestante.⁵⁷ En el caso europeo, Ratzinger radicaliza y precisa aún más esta tesis escribiendo que “la descomposición de la síntesis cristiana, frente a la cual nos encontramos, se dirige también fatalmente, en última instancia, a una desintegración del propio ser humano”.⁵⁸

Esta convicción inspira no pocos escritos del teólogo Joseph Ratzinger, donde manifiesta una profunda preocupación por el presente y futuro del viejo continente. Para lograr algo de claridad al respecto, el propio pensador alemán presenta dos diagnósticos que, ante la hondura de la crisis, pueden orientarnos en la interpretación del presente y del posible futuro de nuestra civilización.⁵⁹

El primer análisis corresponde a la teoría orgánica de la historia propuesta por el filósofo e historiador alemán, del primer tercio del siglo XX, Oswald Spengler.⁶⁰ En analogía

⁵⁶ Joseph RATZINGER, *La Nueva Europa*, Madrid, BAC, 2022, 9.

⁵⁷ El influjo de los puritanos resultó especialmente decisivo en la redacción de la Constitución. La Biblia —y las confesiones surgidas de la Reforma fueron muy insistentes— enseña que el ser humano está profundamente afectado como consecuencia de la caída de Adán; de ahí que el poder político deba dividirse y ser controlado. Aunque el sistema de gobierno podía basarse en principios desagradables para la autoestima humana, traducidos a la práctica resultaron de una eficacia y solidez incomparables. Si a ello unimos el énfasis dado al trabajo, el impulso empresarial, la educación y la fe en un destino futuro totalmente en manos de un Dios soberano, justo y bueno, contaremos con muchas claves de la evolución histórica de los EEUU y de sus diferencias con los demás países del continente. Cf. César VIDAL, *El legado del cristianismo en la cultura occidental*, Madrid, Espasa, 2000, 191 ss.

⁵⁸ RATZINGER, *La Nueva Europa*, 145.

⁵⁹ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 27 ss.

⁶⁰ Cf. Oswald SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998.

con los seres vivos, este autor señala que las grandes culturas y civilizaciones pasan por diversas fases: nacimiento, crecimiento, florecimiento, lento desvanecimiento, envejecimiento y muerte. En nuestros días, Occidente habría llegado a su fase terminal, al que resta poco tiempo de vida. Sólo le quedaría ya el consuelo de dejar su legado a nuevas culturas emergentes.

El segundo diagnóstico pertenece al filósofo de la historia británico, fallecido en 1975, Arnold Toynbee.⁶¹ Al igual que Spengler, Toynbee reconoce la profunda crisis de la cultura y civilización occidental. Sin embargo, su análisis, antes que anticipar la defunción del mundo occidental, establece una diferencia entre el progreso material y técnico y el progreso real del espíritu. Según la perspectiva de este autor, la causa de la crisis que sufre hoy Europa se debe a que ha sustituido la religión y el culto al Dios bíblico y cristiano por otros cultos, como pueden ser a la nación, a la tecnología o al laicismo. Si se quiere mantener su vitalidad interior y no firmar el acta de defunción de la cultura europea, se hace necesario, según Toynbee y, en cierto modo, Ratzinger, recuperar e inocular el factor religioso y cristiano en la cultura europea actual.

Ahora bien, algunos teólogos relevantes de nuestro tiempo han señalado que “el signo de los tiempos que Dios nos envía es la globalización, es decir, el de la necesaria interdependencia de todos los pueblos de la tierra”.⁶² En esta misma línea, Joseph Ratzinger expresa que “el tema de Europa sólo puede abordarse ahora en el contexto de los desafíos globales de nuestro tiempo”.⁶³

Debido al fenómeno de la globalización y el consiguiente surgimiento de una sociedad de dimensiones mundiales, propiciado especialmente por el avance en las tecnologías de la información y comunicación, Ratzinger es de los que piensan que la posible solución al problema identitario y sociopolítico de Europa debe situarse en un marco amplio. Para él, la

⁶¹ Cf. Arnold Joseph TOYNBEE, *Estudio de la Historia: Compendio IX/XII*, Madrid, Alianza, 1991.

⁶² Claude GEFFRÉ, “La Palabra de Dios de las otras tradiciones religiosas y la historia de los pueblos como relato de Dios”, *Concilium* 335 (2010) 231.

⁶³ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 9.

necesidad de un ordenamiento mundial, según criterios racionales, no puede dudarse, también para neutralizar la idolatría nacionalista y marxista. Se trataría de una “nueva ilustración” que, según Ratzinger, “lleva el título de nuevo orden mundial y que ahora debe convertirse a su vez en norma ética esencial”.⁶⁴

El fenómeno de la interdependencia económica y política, unido al fenómeno del multi e interculturalismo, deben formar parte del correcto planteamiento de este problema político y espiritual al que se enfrenta el viejo continente y el mundo entero.

Pero es necesario tener en cuenta que, para entrar en el diálogo intercultural de hoy y de mañana, Europa tiene que encontrar todavía su plena identidad histórica y moral, creándose una unidad polifónica, un espacio espiritual donde sus habitantes compartan y comulguen en los mismos fundamentos espirituales y principios éticos, evitando la tentación del nacionalismo y de la división ideológica. No debemos olvidar, a este respecto, que, como muestra la historia de Europa, el respeto a la diversidad y singularidad de las culturas nacionales ha casado muy bien con la comunión en una misma fe (cristiana y católica) que une más allá de las fronteras.

Para Ratzinger, este asunto, el interrogante acerca de los fundamentos espirituales de Europa, es hoy el problema político fundamental al que nos enfrentamos. Y el problema principal de Europa para encontrar su identidad y sus fundamentos reside, según él, en el hecho de que hoy, los europeos, tenemos dos almas, dos tipos de racionalidad.

Por un lado, un alma cristiana, una racionalidad abierta por la revelación a todo lo que es razonable, pero anclada en la tradición bíblica y eclesial, que estima al hombre como imagen de Dios. Por otro lado, una racionalidad ilustrada, abstracta y antihistórica, una “razón pura” que quiere emanciparse de toda tradición y valor cultural, es decir, “la suposición de que hay una ruptura lógica e histórica entre el cristianismo y los valores europeos actuales (democracia, libertad, derechos humanos, etc.)”.⁶⁵ Un ejemplo actual de esta última actitud fue la

⁶⁴ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 47.

⁶⁵ CONTRERAS, *Liberalismo, catolicismo y ley natural*, 116.

declaración del comisario europeo de Asuntos económicos y financieros, Pierre Moscovici, expresando que él no cree en las raíces cristianas de Europa.⁶⁶

Para Ratzinger, insistimos nuevamente, el problema principal de Europa radica en que el viejo continente no ha encontrado todavía su plena identidad histórica, viviendo un caso extraño de “trastorno disociativo” —esta expresión es nuestra— entre dos almas, entre dos tipos de racionalidad. Una posible solución reside en arraigar la expresión católica, protestante y ortodoxa en una misma alma cristiana, para confrontarse con la racionalidad abstracta occidental y laica, estableciendo una correlación crítica entre razón y religión, entre razón y fe. Estos dos grandes componentes de la cultura occidental deben entablar un diálogo purificador de las patologías propias de la religión, como el fanatismo violento, pero también de las patologías de la razón, como la bomba atómica.

Lo que parece ser una tendencia europea, hoy en boga, es privilegiar, como criterio exclusivo de racionalidad, aquello que se asienta sobre demostración científica y puede desempeñar una función útil para el aumento del bienestar, es decir, una racionalidad técnica aliada con las posibilidades que abre a la industria y el comercio. El resultado de esta comprensión ha sido la explotación de la naturaleza (problema medioambiental) y la explotación del hombre por el hombre (problemas bioéticos como el aborto, la eutanasia o la manipulación de embriones, etc.).⁶⁷ Aceptar acríticamente un nuevo orden europeo y mundial, según criterios de racionalidad técnica e instrumental, dejaría a la humanidad nuevamente desorientada y vacía.

⁶⁶ <http://www.lefigaro.fr/politique/2016/05/09/01002-20160509ARTFIG00309-union-europeenne-pierre-moscovici-nie-les-racines-chretiennes.php>

⁶⁷ Con mucha finura, Joseph Ratzinger ha valorado positivamente que gente joven se diera cuenta que “en nuestras relaciones con la naturaleza, existía algo que no funcionaba; que la materia no es solamente un material para nuestro uso, sino que la tierra tiene en sí misma una dignidad (...). Hay también una ecología del hombre. También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo”. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 309.

Tras la caída del muro de Berlín, que tanto impactó a Ratzinger, la tarea de la nueva Alemania se vio en la obligación de fusionar dos espacios vitales que, a su vez, están inscritos en un espacio europeo común, donde las naciones no deben operar, escribe Ratzinger, como “fuerzas autónomas con pretensiones hegemónicas unas con otras, sino (como) elementos de una multiforme comunidad mayor, en la cual todos se organicen en un recíproco dar y recibir”.⁶⁸ Del mismo modo que la multiplicidad y diversidad de las culturas, que es parte de la riqueza de Europa, no debe comportar necesariamente antagonismo, también la correlación entre la racionalidad y la fe puede significar fecundación recíproca.⁶⁹

Un célebre testimonio de su preocupación por esta crisis histórica y espiritual fue el diálogo que tuvo lugar la tarde del 19 de enero de 2004 en la Academia Católica de Baviera, entre el entonces cardenal y prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y uno de los pensadores más conocidos e influyentes en Europa, el filósofo agnóstico alemán de raíz ilustrada Jürgen Habermas.⁷⁰ En su célebre diálogo con Habermas, el teólogo alemán propone el dominio del derecho, el imperio de la ley en el Estado, siempre que esté fundamentado en principios prepolíticos.

Resulta crucial que estos dos grandes componentes de nuestra cultura, que personifican Ratzinger y Habermas, estén dispuestos a escucharse mutuamente, de tal manera que “pueda crecer un proceso universal de purificación en el que al final puedan resplandecer de nuevo los valores y las normas que, en cierto modo, todos los hombres conocen e intuyen, y así pueda adquirir nueva fuerza efectiva entre los hombres lo que mantiene cohesionado al mundo”.⁷¹

⁶⁸ RATZINGER, *La Nueva Europa*, 137.

⁶⁹ Una magnífica exposición de la articulación histórica entre razón y fe se puede encontrar en Joseph RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, Salamanca, 2006, 123-160.

⁷⁰ En español, este texto cuenta, al menos, con cuatro publicaciones. Cf. Joseph RATZINGER – Jürgen HABERMAS, *Dialéctica de la secularización*, Madrid, Encuentro, 2006; Joseph RATZINGER, *Liberar la libertad*, Madrid, BAC, 2018, 164-177; Joseph RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 77-92; RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 289-301.

⁷¹ RATZINGER – HABERMAS, *Dialéctica de la secularización*, 68.

Sin embargo, el sesgo secular en la interpretación de la racionalidad infecta también el cuerpo político y jurídico de la sociedad europea hasta su médula. Desde Hugo Grocio hasta llegar a Habermas el agnosticismo y el ateísmo se han erigido en los dogmas públicos oficiales que, a juicio de Ratzinger, abocan también al exterminio del Estado.

¿Cuáles son, para el teólogo alemán, las bases morales y fundamentos prepolíticos que deben cohesionar los Estados y las sociedades democráticas europeas?

Ratzinger ha señalado tres principios innegociables, por estimar que se encuentran inscritos en la misma entraña de la naturaleza y racionalidad humana que, como cristianos, se contemplan desde un horizonte ampliado por la luz de la revelación y la fe bíblica. La defensa y promoción de estos principios o verdades fundamentales sobre el ser humano y, por tanto, prepolíticos, deberán constituir un baluarte defensivo de la dignidad de toda persona humana, si Europa quiere encontrar su identidad histórica y moral para tener futuro:⁷²

- Salvaguardar y defender el derecho a la vida en todas sus fases y etapas, desde el momento de la concepción hasta la muerte natural. El cristiano tiene la obligación de defender al más pequeño, al más débil y vulnerable, a quien todavía no tiene voz, por el mero acontecimiento de ser, incluso en sociedades pluralistas como la nuestra, donde la Iglesia ha perdido el monopolio cosmovisional, dando paso a la inconsistencia del consenso que sacraliza la libertad individual y el placer.
- Proteger el derecho de los padres a educar a sus hijos.
- Defender y promocionar la estructura natural de la familia, inaugurada por la unión y comunión de vida, hasta la muerte, de un hombre y una mujer, abierta a la procreación y reproducción.⁷³ Un modelo de unión que ha sido sancionado jurídicamente mediante la institución tradicional del matrimonio, entre otras razones, por su insustituible función social y política.

⁷² RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 277.

⁷³ RATZINGER, *Presente y futuro de Europa*, 49.

Europa dejaría de ser Europa, remarca Ratzinger, si abandona su historia moral, que está vinculada a la superación de la poligamia y a la instauración del matrimonio fiel y monógamo, entre un hombre y una mujer, que se abre a los hijos y, por tanto, a la familia.⁷⁴ La cultura europea desaparecería o se desintegraría si se modificara, en sus líneas fundamentales, “esta forma fundamental de orden de las cosas humanas, anclado en el Creador”.⁷⁵ La fe bíblica ha contribuido a dar forma jurídica y estructurar institucionalmente la relación afectiva y sexual entre un hombre y una mujer, constituyendo la célula básica del cuerpo o comunidad estatal.

Sin embargo, la institución del matrimonio y la familia natural está hoy especialmente amenazada por la convivencia sin la forma legal del matrimonio, por modalidades de divorcio cada vez más fáciles⁷⁶ y por lo que han llamado “nuevos modelos de pareja y familia” que parecen fomentar las relaciones

⁷⁴ A la revolución sexual de Mayo del 68 en Francia, se unió la segunda ola feminista, atreviéndose a señalar que “había miles de mujeres atrapadas en matrimonios opresores”. “El segundo sexo” (1949), “La mística de la feminidad” (1963) y “Política del sexo” (1969), se suelen citar como los tres libros clásicos del pensamiento feminista laico, como aquellas denuncias proféticas del descontento de la esposa atrapada, que están en la raíz de esta profunda redefinición de la familia y de la sexualidad a la que estamos asistiendo. No es exagerado afirmar que, durante el corto periodo de tiempo, que se extiende desde 1960 a 1970, las sociedades y el imaginario colectivo occidental se erotizan. A la secularización masculina, de la inteligencia, en el siglo XVIII, de la burguesía en el siglo XIX, del proletariado en los siglos XIX y XX, Casanova opina que, desde los 60 en adelante, la secularización está relacionada, precisamente, con el proceso de liberación de la mujer y la transformación de la familia. CASANOVA, “Secularización y laicidad en España y Europa”, 125.

⁷⁵ RATZINGER, *La Nueva Europa*, 14.

⁷⁶ Respecto a la crisis de la institución matrimonial en Europa, baste decir que, en España, el número de divorcios anuales ha crecido en un 231 % en sólo 10 años, pasando de 36.072 (1998) a 110.036 (2008). En el año 2019 fueron 95.320. Coincidiendo con el confinamiento, en el año 2020 cayeron hasta 80.015. Según la Estadística de Nulidades, separaciones y divorcios (INE), el número de rupturas alcanzó, en el año 2021, la cifra de 90.582, de los que 1672 fueron divorcios entre personas del mismo sexo. (<<https://www.europapress.es/sociedad/noticia-divorcios-separaciones-espana-volvieron-aumentar-132-2021-caida-2020-pandemia-20220715121658.html>>).

afectivas y sexuales no reproductivas. Mientras se tiende a la abolición de la institución matrimonial, paradójicamente se exige la forma legal para parejas homosexuales, y el mismo estatuto jurídico que el matrimonio natural y tradicional.

Pero, ante todo, si se quiere construir una Europa con futuro, mejor aún, si Europa quiere subsistir, primero debe aceptarse a sí misma.⁷⁷ Y aceptarse a sí misma implica que Europa no podrá sobrevivir sin desarrollar una actitud de respeto a lo sagrado.

Respeto, evidentemente, a las mediaciones propias de lo sagrado de otras tradiciones religiosas. Ahora bien, el único baluarte que puede prevenir la cultura de la muerte y una utopía del horror más, es el descubrimiento del carácter sagrado de la justicia social, de la vida y de la dignidad humana. Si bien es cierto que sólo se reconocerá la sacralidad de la vida humana si nos reconocemos seres creados, criaturas.⁷⁸

Nuestro deber como europeos, es, ante todo, concluye Ratzinger, “mostrar el rostro de Dios que se nos ha aparecido: (...); el rostro del Dios que es tan humano que se ha hecho hombre él mismo, un hombre que sufre, que al sufrir con nosotros da dignidad y esperanza al dolor”.⁷⁹

⁷⁷ El periodista británico Douglas Murray narra un caso elocuente en este sentido. Hace treinta años, la Universidad de Stanford propuso un curso introductorio titulado “Cultura occidental”. Poco tiempo pasó hasta que un grupo de manifestantes, encabezados por el reverendo Jesse Jackson, comenzara a gritar que la civilización occidental debe desaparecer. Tras este suceso, la Universidad abortó este proyecto y lo reemplazó por el estudio de las diferentes culturas. Como escribe Murray, “lo que ocurrió en Stanford en 1987 fue un augurio de lo que estaba por venir”. Douglas MURRAY, *La Guerra contra Occidente*, Barcelona, Península, 2022, 19.

⁷⁸ Todos sabemos por experiencia que la percepción sensible, a través de la mirada física, no es ni debe ser el único criterio de acción humana. La fenomenología ha mostrado que la experiencia de la vida concreta, y la mirada amorosa y misericordiosa, abren otro horizonte de comprensión que permite intuir otros sentidos, bajo una nueva luz. Nosotros sólo podremos imitar la mirada amorosa de Dios si se opera una conversión de nuestra visión.

⁷⁹ RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 287-288.

2. UN EXTRAÑO DESTELLO DE REVELACIÓN

A lo largo de este trabajo se ha ido mostrando que, desde la segunda mitad del siglo XX hasta el primer tercio del siglo XXI, se han multiplicado los signos que parecen indicar que estamos viviendo dentro de una etapa de vacío histórico.⁸⁰ Como resume Euclides Eslava, si Dios dejó de ser el *summum bonum* público y su puesto fue ocupado por la nación en 1789, por el proletariado y la revolución, en 1848, en la actual sociedad de consumo, el *summum bonum* queda diferido al vientre, como ya anticipó Pablo de Tarso (Fil 3,19).⁸¹

La cultura cristiana no desprecia las posesiones y el disfrute de los bienes materiales, ligados especialmente a nuestra condición carnal. Y ello es debido a que el cristianismo no sólo defiende, como el judaísmo, que Dios ha creado a cada ser humano. El movimiento cristiano y su desarrollo teológico llegó al reconocimiento, escandaloso para algunos, de que el misterio de Dios aconteció en la carnalidad, en definitiva, que Dios se había hecho hombre,⁸² lo que implica que todo ser humano participa de la dignidad más alta, la de Dios.⁸³ Todas las características específicas de la cultura cristiana, que hemos esbozado en el apartado anterior, pueden remontarse en último término a la fe en la encarnación y se disuelven si se quita esta fe.⁸⁴

⁸⁰ Un vacío de sentido que se ha revelado más profundo si cabe, tras la abrupta interrupción que ha supuesto una pandemia, que ha afectado a todo (*pân*) el pueblo (*dêmos*). Interesantes reflexiones filosóficas y teológicas a este respecto se pueden encontrar en Walter KASPER – George AUGUSTIN (eds.), *Dios en la pandemia*, Cantabria, Sal Terrae, 2020.

⁸¹ Cf. Euclides ESLAVA, “Poder, justicia y paz. El pensamiento político de Joseph Ratzinger”, *Escritos* 44 (2012) 96.

⁸² “El Islam es, en cierto sentido, un retroceso hacia un monoteísmo que no acepta el giro cristiano hacia el Dios encarnado y que se cierra igualmente a la racionalidad griega y a su cultura, la cual, amparada en la idea de la encarnación de Dios en el mundo humano, había entrado a formar parte del monoteísmo cristiano”. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 20.

⁸³ El Dios cristiano es *Logos* (sentido, razón, palabra) y *Eros-Agapé* (relación de amor), por tanto, su criatura participa en su inviolable dignidad. Pero, como escribe Ratzinger, “no debemos olvidar que el Dios de la razón y del amor es también el juez del mundo y de los hombres, el garante de la justicia, y que todos los hombres deberán rendirle cuentas”. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 69.

⁸⁴ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 12.

Ahora bien, el balance de la brutalidad sin límites y de la mecanización de la matanza, en las sucesivas guerras mundiales, a lo largo del siglo XX, fueron millones de muertos, millones de viudas y millones de huérfanos. Nunca en la historia la técnica había golpeado, perforado y destruido, con tanta violencia, el cuerpo humano, la carne consciente. En estas guerras se traspasaron todas las líneas rojas, dejando en suspenso los principios éticos y morales.

Los más de setenta millones de víctimas humanas, que han sido sacrificadas en ese siniestro y doloroso altar que fue el siglo XX, legitiman suficientemente para que este periodo de tiempo haya sido calificado como “el siglo más cruel de la historia conocida” (Arendt), el “periodo infernal” (Steiner, Trías), el “cementerio del futuro” (Bouretz), “una época de noche, guerra y muerte” (Patočka). Como ya anticipamos, más que de las guerras del siglo XX, uno está tentado de hablar del “siglo XX como guerra”.⁸⁵

Se trató de un siglo que condenó al fracaso cualquier esfuerzo de comprensión del mismo, desquiciando cualquier categoría del entendimiento que se proponga ahormarlo dentro de su horizonte. El único modo que parece permitir captar algo de la esencia de este acontecimiento desmesurado es recurrir a las imágenes de las tradiciones religiosas, que podrían servir como precarias claves hermenéuticas: la guerra como “juicio divino” sobre la humanidad, la guerra como “diluvio universal”, etc.⁸⁶

Compartiendo un aire de familia con estas interpretaciones, Joseph Ratzinger se sintió llamado a formular un severo juicio: el siglo XX es “el Viernes Santo de la historia”.⁸⁷ De tal modo que su pensamiento teológico intentó ensamblar el Viernes Santo del siglo XX en el Viernes Santo de Jesús, inscribiendo el grito angustiado del siglo, de nuestra hora histórica, en aquel punto extremo de la pasión de Cristo en el que ésta se convierte en un grito de socorro dirigido al Padre,

⁸⁵ PATOČKA, *Ensayos heréticos de la historia*, 186.

⁸⁶ Cf. Michael BURLEIGH, *Causas sagradas*, Madrid, Taurus, 2006, 34-35.

⁸⁷ RATZINGER, *Liberar la libertad*, 11 ss.

ante el Abismo insondable, ante el Silencio escatológico impenetrable que se abre ante él: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”⁸⁸

Y, al ensamblar la hondura de lo ahí acontecido en el Viernes Santo de Jesús, su propia existencia y su experiencia del pensar teológico quedaron vinculadas a la historia de la pasión, a los clamores y a las preguntas, suscitadas por la historia del dolor de la humanidad. Así, la historia concreta, la singularidad y la contingencia del sufrimiento que lleva nombres propios, debe ser reconocida —al igual que en su día lo fue la historicidad— como una dimensión consustancial de nuestra percepción del mundo y de la racionalidad teológica cristiana.

Pero tal vez no sea sólo necesario vincular la existencia y la racionalidad teológica a la historia de la pasión y del sufrimiento. Quizá también haya llegado la hora de ensamblar nuestra experiencia y comprensión a la historia de la resurrección y a las apariciones del Resucitado.

El encuentro con la figura de Jesucristo, con el rostro transfigurado del Hijo de Dios encarnado, fue aquello que llevó Pablo al macedonio que representa a Grecia, es decir, a Europa, según la extraña historia que se relata en algunos versículos del capítulo 16 de los Hechos de los Apóstoles, y que Ratzinger gusta de recordar, cuando reflexiona sobre la identidad de Europa.⁸⁹

Cuando el apóstol de los gentiles se encuentra en el límite entre Asia Menor y Europa, su deseo le indica no pasar dicho límite y seguir misionando en su patria. Sin embargo, sucede lo insólito. Como si de un muro se tratase, el Espíritu de Jesús le impide ir al lugar donde él quería. La nueva orientación, como un destello de revelación, se la ofrece el rostro de un griego, de un europeo, que le llama, le ruega, le pide ayuda. Su petición decidió la historia venidera de Europa.

Una sencilla teología de la historia puede arriesgar a interpretar que, *in extremis* y contra el expreso deseo del elegido

⁸⁸ Y tras este Viernes de Pasión, nuestro tiempo se está pareciendo, cada vez más, a la atmósfera fúnebre y tenebrosa que rodeó el Sábado Santo del tiempo de Cristo. Cf. METZ, *Memoria Passionis*, 22.

⁸⁹ Cf. RATZINGER, *La Nueva Europa*, 5 y 11.

—lo que parece ser una constante en las vocaciones proféticas—, el 19 de abril del año 2005, un año más tarde del fallido ensayo constitucional europeo, tuvo lugar otra señal, quizá una contraseña que un designio oculto envió en forma de acontecimiento: la elección de un “hombre fuerte” como romano pontífice de la Iglesia católica.

En un momento de crisis epocal, como el nuestro, cuando todo apunta a que nos estamos convirtiendo en aquello que no somos, más tarde o más temprano, el habitante de ese espacio europeo, que es un verdadero cuerpo cultural y espiritual, se verá asaltado por el interrogante que pregunta “de qué es signo el término «Europa»”, y rogará también ayuda.

Con su carácter tímido y sensible, su mentalidad abierta y su inteligencia penetrante, pero también con su sentido del humor,⁹⁰ nos atrevemos a afirmar que Joseph Aloisius Ratzinger nos ayudó a responder esta pregunta crucial, realizando lo que es el sueño de todo teólogo: “decirse a sí mismo y decir a los demás, en forma personalmente válida e intelectualmente legítima, qué es el cristianismo”.⁹¹

Porque Europa es la humanidad, la civilización, que baja del Gólgota y del Sinaí.⁹²

Veluti si Deus daretur. Se trata de una apuesta que tiene como contenido nuestro compromiso y como premio nuestra salvación.⁹³

⁹⁰ Un detalle que puede pasar desapercibido en sus conversaciones escritas es “la cantidad de veces que el texto señala que el entrevistado se ríe, a veces a carcajadas, al afrontar temas peliagudos y los recuerdos a veces amargos”. RATZINGER, *Vivir como si Dios existiera*, 21.

⁹¹ Recogemos entrecomillada la expresión del teólogo español Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, cuando trata de resumir la vocación teológica en la nota preliminar al importante libro de Joseph RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1970, 14.

⁹² Sin olvidar, como escribe Peter Kingsley, que si Moisés bajó las tablas del monte Sinaí, Parménides trajo las suyas de las profundidades del infierno. Cf. Peter KINGSLEY, *En los oscuros lugares del saber*, Girona, Atalanta, 2023, 192.

⁹³ RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, 20.